

Cuando era pequeño me apasionaba jugar con los libros. Simulaba que leía en novelas sin ilustraciones y los mayores me miraban asombrados.

¿Ya sabe leer el niño? –decían incrédulos.

Mi madre solía sonreír y asentir sin palabras. Era un juego peculiar que me acercó al mundo del papel impreso. Ya las historias me habían poseído sin remedio, pues desde muy pequeño eran tan importantes para vivir como la comida. Las penumbras de la pequeña casa, a la hora del mediodía, junto a la radio, escuchando el cuento de cada día, convertían el comedor en un castillo, mi pequeño patio en un bosque encantado, las sillas de la cocina en el pescante del carruaje de la Cenicienta y los cristales que daban a la calle en el palacio de hielo de una reina esquimal.

Luego, algunos días soleados aparecía Maruca, ella venía de remotas tierras, vestida con ropas de sol y árboles; me traía libros ilustrados, me hablaba de lugares lejanos y exóticos que, aún, ni siquiera había tenido el tiempo de imaginar.

Mi madre me seguía enredando en historias cada día, como una tejedora de bordados invisibles. Me hablaba de los libros que ella había amado. Me describía los sueños que había vivido junto a Heathcliff y Catalina en Cumbres borrascosas; me transmitía la tristeza de Bécquer; me contagiaba la risa junto a Bertoldo, a su mujer Marcolfa, al tonto de su hijo Bertoldino y me hacía pensar en la agudeza de Cacaseno. Ellos me adiestraron en las rústicas narraciones ancestrales y me pusieron en contacto con la literatura europea de la Edad Media, como quien jugaba, como si fuese lo más natural del mundo.

Una forma de entender la educación nos regalaba héroes, mitos y pasajes inolvidables de la literatura universal. Las conversaciones cotidianas estaban mezcladas con la fantasía. Crecías en un gusto literario y en una estética determinada por la fantasía, los sentimientos y el humor. Tres claves para entender la vida, tres claves para acercarte al arte.

Más tarde fueron los libros. Ellos me llevaron a mundos inesperados, ellos me transportaron a universos en los que entendí el alma humana. La biblioteca de mi pueblo era pequeña, aunque a mí me parecía enorme al principio. El bibliotecario me hablaba, compartía los libros que a mí me gustaban cuando yo los terminaba. Ahora me pregunto si se había leído todos los libros, pero a mí me lo parecía. Lo más importante era que cuando se hablaba de libros, él no tenía prisa.

Leer es caminar junto a alguien, siempre acompañado, nunca solo. Leer es buscar una compañía y un espacio ideal.

En los libros aprendí a ser yo mismo, a buscarme entre el enjambre bullicioso de protagonistas, a encontrar respuestas, a perderme en un bosque interminable y no encontrar un camino que me regrese a la realidad. Leer es perderse irremediabilmente en ese mundo de la fantasía que hace que la vida sea más real, más creíble, más dura y fácil a un tiempo.

Leer es sentirse libre y comprender el alma de un árabe cuando te sumerges en un fragmento del Collar de la paloma:

Mis ojos no se paran sino donde estás tú.

Debes de tener las propiedades que dicen del imán.

Los llevo adonde tú vas y conforme te mueves,

como en gramática el atributo sigue al nombre.

O emocionarte con un hindú, al leer las reflexivas palabras del Mahabharata, y sentir la belleza del poema chino de Shu Chung en el libro Clásico de las Canciones :

Hay nubes blancas en el cielo,

grandes acantilados se elevan hacia lo alto.

Interminables son los caminos de la tierra,

montañas y ríos obstruyen el camino:

te ruego que no mueras.

Por favor trata de venir nuevamente.

Lo mismo ocurriría con texto un japonés, un coreano o un africano. La razón es que la literatura y el arte no saben de colores en la piel, ni de política, ni de creencias. Las palabras literarias están hechas para que sólo le hablen al espíritu, para ir más allá de lo cotidiano, convencional o negociable. Ellas no entienden de razones de estado, ni de altas finanzas, ni de insultos a la humanidad; ellas hablan con fuerza, con rabia o con el descarado del amor más puro, pero siempre al alma.

Por esas causas, ellas nos llevan a deambular por los terrenos de la razón y la locura con Don Quijote o nos hacen sufrir con Emma Bovary ante la incompreensión de la sociedad, o nos asombrarnos ante el mundo de la muerte en Pedro Páramo, caminamos por los senderos que nos llevan a Macondoo no queremos crecer junto a Peter Pan, porque no aceptamos las normas de los gigantes. Con ellas, con las palabras literarias, maduramos cuando nos perdemos en ese bosque laberíntico junto Hansel y Gretel para regresar reconstruidos a un mundo inexplicable, en el que gobiernan la manada incoherente, la sinrazón, el egoísmo y la locura.

Yo no sabía, cuando era pequeño, en mi pequeño pueblo, que existía un día del libro. Yo aprendí a amar los libros, las historias y las palabras sin que nadie me lo dijera, sin que un cartel oficial y frío homenajeara algo que es simplemente fundamental para crecer, vivir y morir.

Yo sólo creo que tuve la suerte de tener personas a mi lado que amaban la literatura, que sabían que era como el pan y el aire.

Los días, todos, son un libro. Cada día miles de historias se escapan de la maraña de árboles que forma el gran bosque de las palabras. Por eso no aprendemos a amar los libros cuando decidimos dedicar un día a los libros. Tenemos que convertir cada día, cada hora y cada minuto que vivimos en un relato, en una historia que contar, en una palabra para regalar.

Se habla de que esta sociedad globalizada lee poco, que sólo los best seller tienen grandes ediciones económicamente restables. ¿Se puede medir la madurez lectora con la misma vara que la economía mundial?

Leer es acudir al libro que cada uno desee, no al que está de moda. No puedo resignarme a creer que la humanidad ha perdido la capacidad de emoción, no puedo callarme ante el comentario de algunos famosos escritores de grandes firmas editoriales que piensan que reinan en un mundo de estrellas hollywoodienses. Leer es emocionar a un niño con un viejo romance anónimo, acariciar la voz de un padre o una madre el oído de un bebé, leer es acercarse a las palabras libremente, no a las que anuncian televisiones y empresas interesadas en la venta de determinados libros.

Leer es crear personas libres que cada día acudan a un texto porque lo necesitan. Entrar a una librería como quien entra a un lugar ritual y perderse en el bosque inmenso de los libros, y regresar a la calle teniendo en la mano el objeto candente, el descubrimiento único que sólo, en la individualidad más pura, has podido elegir. Y, luego, sentirte más humano, más social, más libre.